

CEDEÓN

ES EL PERIODICO DE MENOS CIRCULACION DE ESPAÑA

SUSCRIPCION: Trimestre: España, 1 peseta: Extranjero, 1,50 francos. Pago adelantado.

NUMERO SUELTO 10 céntimos

Dirección: LOPE DE VEGA, 39 Y 41.—Administración: SERRANO, 55

AÑO XI

MADRID, DOMINGO 17 DE DICIEMBRE DE 1905

NUM. 525



EL MEJOR ALCALDE... EL DE VALENCIA

(REFUNDICIÓN DE LA OBRA CLÁSICA)

¡BRAVO, BRAVO...! ESTOS VALENCIANOS, ANTES DE CONSEGUIR LA FABRICA DE TABACOS, YA SE HAN FUMADO AL GOBIERNO.

¡¡Noticia interesantísima!!

¡¡ATENCIÓN!!

LOS TRISTES. LOS MELANCOLICOS. LOS DISENTÉRICOS LOS LIBERALES,
LOS DEFENSORES DEL IMPUESTO SOBRE LOS TRIGOS Y LAS HARINAS
LOS MALHECHORES DEL BIEN Y LOS BIENHECHORES DEL MAL
TODO EL MUNDO, COMO SI DIJÉRAMOS, DEBE IR AHORRANDO DINERO HASTA REUNIR

¡UNA PESETA!

para comprar el succulento y superferolítico

Almanaque de "Gedeón," para 1906

que se publicará en breve, aunque no queremos precisar la fecha para no tener que rectificar, como don Segismundo.

Digámoslo con la conocida música del *Mambrú* que todos hemos cantado en nuestra alegre infancia:

YA TIENE SU ALMANAQUE
GEDEON, GEDEON... MIRONDENA.
YA TIENE SU ALMANAQUE,
¡NO SÉ CUÁNDO SALDRA!
SI SALDRÁ POR LAS PASCUAS,
GEDEON, GEDEON... MIRONDENA,
SI SALDRÁ POR LAS PASCUAS
¡O UN POCO MAS ALLA!

De todos modos, no tardará mucho y, como de costumbre, su publicación será el único acontecimiento verdaderamente sensacional del año que va á retirarse de la vida pública, siguiendo el ejemplo de Montero.

El Almanaque de "Gedeón," para 1906

contendrá, entre otras cosas lapidarias:
LOS DOCE APOSTOLES DEL PARTIDO

LIBERAL: doce planas de caricaturas que nos parecen intencionadas, EN COLORES, y sus correspondientes semblancitas en verso, con algunos ripios, también á todo color, vamos al decir.

LAS CUATRO ALIANZAS que nos quitan el sueño actualmente, sin que sepamos por cuál decidirnos. CON FRANCIA; CON ALEMANIA; CON INGLATERRA; y CON LA REPÚBLICA DE ANDORRA. Caricaturas EN COLORES y texto abundante y definitivo.

Más caricaturas: éstas en negro, para no abusar.
LOS EXITOS DEL AÑO.
UNA BUENA CARRERA.
HISTORIETA DEL GENERO CHICO.
LO QUE SE HARA PARA EL ABONO,
etc., etc., etc.

Varios articulitos de diversas clases, categorías y tamaños, con dibujos, unos intercalados en el texto y otros que se salen fuera del texto, cuyos títulos son: *El juicio de Paris; S. M. el Microbio; El parlamentarismo á través de las edades; ¡A escoger!* fórmulas de revistas teatrales; y otros.

Las socorridas y acreditadas *Efemérides gedeónicas de 1905.*

Varias *Recetas inútiles.*

Algunos chistes sobrantes de otros años, ora en verso, ora en prosa, sí que también ni en prosa ni en verso...

Todo ello bien impreso, bien corregido y bien cosidito, formando un libro superior al presupuesto de Osma, arreglado por Echegaray y vistobuenado por Amós Salvador; y con una portada á *infinidad de tintas...* ¡que quita la cabeza!

¡¡UNA PESETA!!



JUEVES DE GEDEÓN



Albricias, Calínez! De esta hecha nos suprimen los Consumos.

—Vaya, Gedeón, cuanto me alegro. Me molestaba muchísimo ese antipático tributo; me molestaba casi tanto como á Canalejas. Y no creas que mi alegría es completamente desinteresada.

—No tanto, Calínez; suprimidos los Consumos, comprarás más barato el pan, la carne, el vino, las zanahorias... De suerte que tu alegría por la supresión tiene algo de egoísmo.

—¡Ah! ¿pero tú crees que, suprimido ó transformado ese tributo, compraremos más baratos nuestros alimentos?

—¡Quién lo duda!

—No lo duda nadie; todo el mundo sabe que los pagaremos al mismo precio que hoy.

—Calínez, ¿qué disparates estás diciendo?

—No los digo yo, los dice la realidad. Por vía de ensayo se rebajó el tributo de los trigos y las harinas, y el pan se sostuvo en los mismos precios que alcanzaba cuando sobre su primer elemento pesaban los odiosos derechos fiscales. Sin embargo, muchos defienden que no se deben restablecer éstos, porque si se restablecieran, el pan subiría. Que es lo mismo, precisamente, que me sucede á mí con un reloj muy bueno que tengo. El pícaro adelantaba. Lo llevé á un relojero, me lo compuso, y siguió adelantando.

—Llévaselo otra vez; no lo compondría bien.

—¡Qué he de llevárselo! Si me lo compone nuevamente va á adelantarse todavía más, y viviremos, yo en el día de hoy, y mi reloj en el día de mañana. ¡Quietos los cepos, y que marque las horas que se le antojen! Pues bien, querido Gedeón: suprimido por hábiles relojeros el impuesto de Consumos, los precios de los artículos de primera, segunda y tercera necesidad continuarán tan adelantados como hoy, ó mienten los trigos y las harinas. Ya ves, pues, que mi alegría por su supresión no puede ser más desinteresada.

—Veo que hiciste bien en calificarlo así.

—Lo que sucede es que ese tributo resulta altamente odioso y antipático.

—Hombre, á mí todos los tributos me parecen lo mismo.

—Porque no posees, sin duda, la estética de los tributos que inflama el corazón de Canalejas. Para este respetable hombre público y para muchos titulados demócratas que participan de su estética, hay tributos feos y tributos guapos, como hay para el

resto de los mortales mujeres horribles y mujeres hermosas. Esos felices descubridores de una nueva forma de belleza, Annunzios de la ciencia tributaria, hallan en unos impuestos ocasión para todos sus odios, mientras otros les parecen dignos de la más enternecedora simpatía. La vista del odioso pincho de aforo les saca de sus casillas de Consumos, y tal es la repulsión que sienten hacia todo tributo fiscal, que ni siquiera se prestan á introducir la democracia en el Gobierno, pasándola legalmente por el resguardo del Ministerio, sino que se afanan en meterla de matute, como antiguamente los pellejos de aceite.

—Por Dios, Calínez, no insultes de ese modo á nuestro excelente amigo D. José. Le has llamado matutero de la democracia.

—Es posible; pero en cuanto le viese coger el pincho de gobernar y plantarse gallardamente delante de la caseta de la democracia libre, le retiraba ese antipático calificativo. Y volviendo al impuesto de Consumos, he de decirte, Gedeón, que éste, á mi juicio, no es más odioso ni menos odioso que los demás. Todos los tributos son igualmente odiosos, y, lo que es peor, todos los tributos que inquietan al rico, concluyen por amargar la vida del pobre. El dinero que le saca el fisco á un millonario por ser dueño y único habitante de magnífico hotel, concluye al fin por salir, al menos parcialmente, de las miserables y excesivamente pobladas buhardillas de los barrios bajos. ¿Que el impuesto de Consumos pesa directamente sobre el estómago? ¿y qué? Cuando ese impuesto se suprima, ó mejor dicho se transforme, el fisco dará un rodeo mayor que ahora, pero acabará por meternos su odiosa mano en la misma entraña y la encontrará tan vacía como ahora. Dejémonos, pues, de efectismos baratos que quieren ser alardes de democracia, y pensemos, con arreglo al refrán, que á río de tributos revuelto, ganancia de acaparadores y agiotistas. ¿Democracia? Osma fué el precursor de esta campaña con su *afortunada* rebaja de los trigos y las harinas. ¿Osma demócrata? ni para su difunta perra.

—Te he escuchado con la mayor atención, Calínez, y aun cuando así á primera vista parece que estás en lo cierto, esas cuestiones tributarias son tan complejas, que no sé á qué carta quedarme. Sospecho yo que tú no entiendes mucho de tan difícil materia, pero sospecho al mismo tiempo que lo mismo que tú, entienden los que se las dan de entenderlo por completo. Y en vista de estas dudas mías, ¿te parece que imitemos al Gobierno, nombrando una Comisión?

—¿Cómo, el Gobierno ha nombrado una Comisión para lo de los Consumos?

—Claro está; ¿qué querías que hiciese un Gobierno que trajo en su programa la supresión inmediata de tan odioso tributo, sino nombrar una Comisión—eso sí, muy numerosa—para que le diga si debe suprimirlo ó no? ¿Para qué crees que los políticos españoles lanzan promesas en la oposición, sino para nombrar después Comisiones?

—Pero, Gedeón, el actual Presidente del Consejo

de Ministros, D. Segismundo Moret y Figueroa Torres, se ha pasado la existencia estudiando estos asuntos y las poesías de Leopardi. ¿Qué puede enseñarle una Comisión, por numerosa que sea, de cualquiera de esas materias?

—Nada; ¡pero como la comisión es pasar el rato...!

—¡Ah, ya!

—Y el ministro de Hacienda escurre el bulto diciendo: «A mí háblenme ustedes de pelotas...» Hasta á los mismos alcoholeros les ha sacado á relucir las de Modesto Sáinz.

—¿Y por eso me dabas albricias al principio de nuestra conversación, por las cosas de juego de Amós Salvador?

—No, Calínez; te daba albricias por el nombramiento de la magna Comisión extra-parlamentaria que va á decirnos si el impuesto de Consumos puede ó no suprimirse, y si puede suprimirse, en qué forma se ha de restablecer que no se parezca á la actual más que en sacarles el mismo dinero del bolsillo á los contribuyentes. ¡Ya ves tú si esto es trascendental, patriótico y democrático!

—Mucho, mucho. Pues mira, díles en mi nombre una cosa. Ya que el tributo de Consumos es tan odioso y antipático porque grava los alimentos que van ó deben ir al estómago, la Comisión puede sacar el mismo dinero al contribuyente á espaldas de ese respetabilísimo órgano.

—¡Calínez!...

—Sí, hombre; un emperador romano impuso á sus súbditos una contribución *á posteriori* como la que yo digo, y advirtiéndole su hijo y sucesor en el Imperio que aquéllo se le antojaba una porquería, le presentó varias monedas de oro recaudadas por el lado amargo de los pepinos romanos, diciéndole: «¡Toma, no huelen!»

—¡Qué erudición la tuya de suciedades!

—¡Pero no es una idea?

—Es una idea... imperial. Corro á proponérsela á los infinitos miembros de la Comisión extra-parlamentaria, y Dios quiera que los encuentre reunidos y obrando. ¡Serán los primeros contribuyentes del nuevo tributo!

—¡Que era, Calínez amigo, el único que á los españoles nos faltaba!

—¿Faltarnos? Si ya existió.

—¡Eh!

—Sí, Gedeón; la famosa venta del...

—¡Tapa!



UN INFELIZ

El popular y eminente bandido el *Vivillo*, una de nuestras reputaciones mejor conquistadas, maneja admirablemente el estilo epistolar, según una carta que de él hemos leído en un periódico de Sevilla, en la que protesta y con razón de que haya sido detenida su señora esposa. Y lo que el hombre dice con una ingenuidad que no tienen muchos que van para *vivillos*! «Hase unos días que le escribí una carta hanonima ha Don Eduardo Garrsia de Castro, en la que le pedía 10.000 pesetas y leadado parte á las hautoridades y rresurta que ampreso ha mimu-

jer y hella (¡la pobre!) no sabe escribir y menos llo le comunico nada de misasuntos.»

Más adelante dice, lamentándose de su mala cabeza:

«Mi mujer que currpa tiene quello esté arrtuando henestabida, hella desearía quello fuese ministro, pero como miestrella no ha sido esa...»

¡Quién sabe!

¡Acaso esa modestia le haya perjudicado al hombre en su carrera!

Y termina la carta ofreciéndose como colaoorador al periódico de que hacemos referencia, prometiéndole el envío de otro *suerrto*.

¡Ya verán ustedes cómo al fin y á la postre tenemos *Memorias del Vivillo*, editadas por otro vivillo, naturalmente!



¡DESCOMPUESTAS!

El hombre de Lourizán nos trajo unas Cortes: éstas...

¡Y ahora resulta que están descompuestas!

Si en los presentes momentos tales juicios son exactos, sin duda sus elementos están algo putrefactos.

¿Lo estarán por su labor infecunda y ordinaria?...

¡Ya me lo daba el olor que ofende mi pituitaria!

¡Tan pronto empieza el desgaste!

¡Llegó tan pronto su fin!...

¿De qué sitio los sacaste, Manolín?

Habrá pocos que perdonen estas comedias manidas...

¡Ay! ¡Cómo se las componen, que ya están *descomponidas*!...

Mas como todo en el mundo se resuelve...

ya piensa D. Segismundo que en seguida las disuelve.

Trabaja de un modo suave, callado, blando y discreto, para que le den la llave y el oportuno decreto.

Y si al fin mira colmados sus anhelos con urgencia, bien pronto á estos diputados se les dará la licencia.

Y habrá nuevas elecciones, nuevos padres, nueva muda, nuevas descomposiciones,

¿quién lo duda?

pues coincidiendo en los verros seculares,

¡siempre son los mismos perros con diferentes collares!

¡Las Cortes!... Con poco amor se espera lo que dispongan..

¿No surge un componedor?

¡Pues allá se las compongan!



UN PUEBLO QUE SE MUDA, O BOADA A BUENOS AIRES

GEDEÓN.—¡ESPERENSE USTEDES UN POCO, QUE SE VA Á ARREGLAR SU SITUACION...! ¡QUE YA VIENE UN DELEGADO DEL GOBIERNO!

UN VECINO.—PUES POR ESC MISMO. NOS MARCHAMOS ANTES DE QUE VENGA

La unión de los liberales ó el banquete de Garay

PASILLO COMICO-CULINARIO

(*El conde de ¡Garay! paseándose en el despacho de su hotel con cara de preocupación. Traje de casa, y el monocle pendiente de una gruesa cuerda de cáñamo.*)

—Nada, estoy decidido; yo tengo que hacer algo por la Patria. Soy conde, ¡qué Garay! soy rico, soy diputado, soy corto de vista, y aún no he hecho nada por la Patria. Además, este ocio eterno me aburre soberanamente. He intentado practicar todos los medios de distracción que están á mi alcance. Al principio llevaba el monocle pendiente de un ligero cordón. Me aburrí del ligero cordón y sustituílo por una cinta negra de un ancho de tres centímetros. Esto parecía distraerme un tanto, pero al mes estaba ya aburrido de la cinta de tres centímetros y la reemplacé por otra de quince. Fuí feliz durante algunos días, pero ¡ay! el tedio volvió muy pronto á visitarme. Entonces, en lugar de la cinta de quince centímetros, me colgué el monocle de un pañuelo de seda negro, y la gente creía que llevaba un brazo en cabestrillo. Este error de los seres vulgares constituía para mí una inefable delicia. Mas ¡ah! tampoco el pañuelo de seda negro satisfacía por completo mis aspiraciones ni me daba la ventura deseada, y lo cambié por esta cuerda de cáñamo, con la cual podría ahorcarse D. Alberto en prueba de gratitud hacia Moret. Tampoco la cuerda de cáñamo ha traído á mi espíritu la felicidad. ¡No! Y es, sin duda, que yo he hecho mucho por el monocle, pero nada por la Patria, y es preciso servir á la Patria. Mas ¿cómo servir á la Patria? (*El conde de ¡Garay! suspende su paseo y reflexiona.*) ¡Ah, sí! sirviendo á mi partido. Mas ¿cómo servir á mi partido? ¡Ah, sí! demostrando la unidad, la robustez, la perfecta armonía que entre todos los liberales reina. Mas ¿cómo demostrar la perfecta armonía que hay entre ellos? ¡Ah, sí! convidándoles á comer. (*El conde de ¡Garay! radiante de satisfacción, tira de la cuerda con los dos brazos y con el otro se coloca el monocle.*) ¡Un banquete, un espléndido banquete que acreditará la estrecha unión de los liberales! ¡Magnífica, salvadora idea! ¡Obremos pronto! (*El conde toca un timbre; aparece su ayuda de cámara.*) Avise usted al mayordomo, al cocinero y á mi secretario.

El ayuda de cámara.—¿Traigo también una baraja, señor conde?

El conde.—No, hombre; hoy no tengo tiempo para hacer solitarios como mi ilustre jefe D. Segismundo. Que vengan en seguida. (*Pausa que emplea el conde para arrastrar una butaca con la cuerda del monocle.*) Aquí están.

(*Entran el mayordomo, el cocinero y el secretario del señor conde.*)

El mayordomo.—¿Nos necesitaba para algo el señor conde?

El conde.—Sí, se me ha ocurrido una idea.

Los tres.—¡Ah! (*Con extrañeza.*)

El conde.—Voy á dar un banquete.

El mayordomo.—¿Numeroso?

El conde.—Numeroso. Asistirán á él todos los jefes de grupo del partido liberal y varios grupos sin

jefe del mismo partido. Quiero demostrar la perfecta unión que reina entre los liberales.

Los tres.—¡Ah! (*Con la misma extrañeza de antes.*)

El mayordomo.—¿Qué día piensa celebrar ese banquete el señor conde?

El conde.—El domingo próximo. (*Al cocinero.*) Deseo que usted haga primores. Fíjese en que se trata de un banquete trascendental, de un banquete que ha de demostrar que todos los liberales, absolutamente todos los liberales, están unidos y compactos. Pero no guise usted con sindetikon. Ya están ustedes advertidos. ¡Ahora á obrar! (*Al secretario:* usted quédese. Vamos á extender las invitaciones. (*Salen el mayordomo y el cocinero.*) Siéntese usted ahí y escriba. No verá usted bien en esa mesa. Espere un poco, la llevaremos hacia el balcón. Es muy pesada, pero no importa. (*La rodea con la cuerda del monocle y la arrastra hacia la luz.*) Hagamos la lista de invitados. Ponga usted. El presidente del Consejo. Los ocho ministros. El gobernador civil y el alcalde de Madrid. El presidente del Senado y el presidente del Congreso. El expresidente del Consejo, hijos y yernos no incluidos en la lista anterior. D. José Canalejas. D. Alberto Aguilera. Bueno, y los demás que irán saliendo cuando despachemos estas invitaciones. Yo me voy á la Peña, pero ya sabe usted lo que les ha de decir: que vengan á comer el domingo, y lo demás que se le ocurra. Voy á vestirme al piso de abajo. Abra usted el balcón.

(*El conde anuda la cuerda del monocle á la barandilla del balcón y se desliza por ella al piso bajo del hotel.*)

El secretario.—(*Escribiendo la primera invitación.*) ¡Oh, qué banquete tan trascendental!

MUTACION

(*El comedor del hotel soberbiamente alhajado. Está la mesa servida para unos cincuenta comensales. Criados con elegante librea. Es de noche.*)

El conde, de frac y con tres cuerdas al cuello de las cuales pende el monocle. (*Entrando.*) ¿Está ya todo?

El mayordomo.—Sí, señor conde. Sólo faltan los invitados.

El conde.—Bien, bien; me agrada el aspecto de la mesa. Dios quiera que se porte el cocinero. ¿No habrá guisado con sindetikon, eh?

El mayordomo.—No, señor conde. Le tiramos todos los frascos.

El conde.—¿Y la cola?

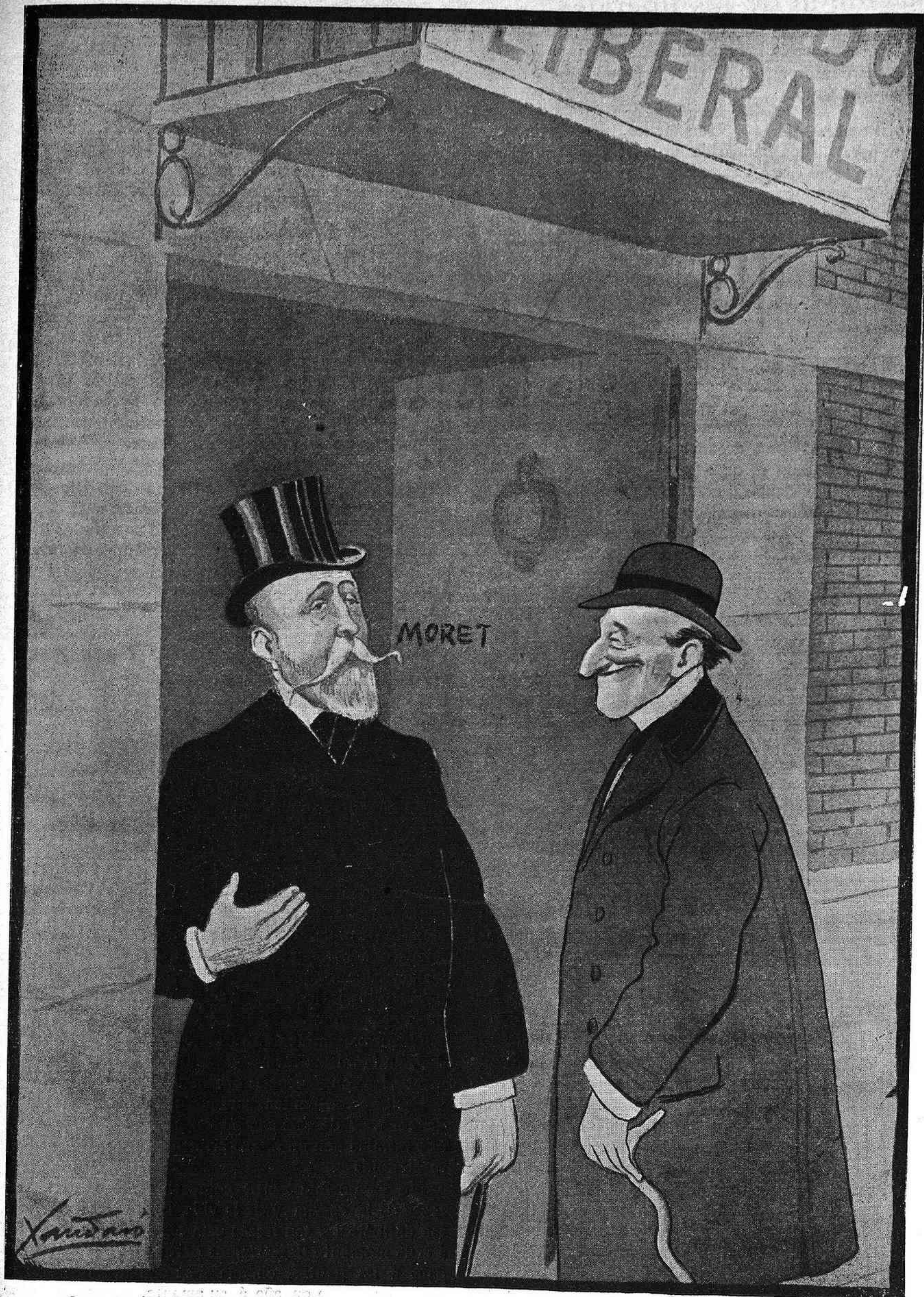
El mayordomo.—Descuide el señor conde; también le tiramos de la cola.

El conde.—Bueno. Es preciso convencer á la gente de que la unión de los liberales depende de la unidad de sus ideas y de sus sentimientos, no de ingredientes extraños. ¿No habrá venido nadie aún?

El mayordomo.—Es temprano. El ayuda de cámara buscaba al señor conde para entregarle algunas cartas que se han recibido...

El conde.—Que me las traiga aquí. Las leeré para distraerme mientras llegan los invitados. (*Sale el mayordomo y vuelve al poco tiempo con el ayuda de cámara, quien trae varias cartas en una bandeja de plata. El conde tira de las tres cuerdas y se encaja el monocle, coge la carta de encima, la abre y lee.*)

«Mi querido conde: Con gran disgusto mío no puedo asistir al banquete á que me invita para festejar la unión que felizmente reina entre los liberales. He pensado salir dentro de un mes para Lisboa, y



LA CASA DE LOS RUIDOS LIBERALES

GEDEÓN.—¿QUÉ ES ÉSTO, D. SEGIS?

D. SEGIS.—NADA, QUE EN ESTA CASA NO SE PUEDE VIVIR DE RUIDO.

GEDEÓN.—¡ES DE LA CAÑERÍA! ¡ME PARECE QUE VAN Á TENER USTEDES QUE CORTAR LA POLITICA HIDRÁULICA!

este precipitado viaje me impide comer hoy con ustedes, mis correligionarios y amigos. Les suplico que se acuerden de mí en el frito, si lo hay. Yo lo estoy siempre. Suyo,

EUGENIO MONTERO RÍOS.»

El conde.—¡Garay! Uno menos. Pero, claro, si sale para Lisboa dentro de un mes, ¿cómo ha de venir hoy á mi casa? Veamos otra carta:

«Mi querido conde: Tengo el sentimiento de participarle que no puedo comer con ustedes para solemnizar la estrecha unión que reina entre los liberales. Se me ha puesto enferma mi mejor canaria y yo tampoco ando bueno. Acaso esté de muda. Acuérdesse usted de mí en la ensalada, sobre todo si es de pamplinas. Suyo siempre,

LÓPEZ DOMÍNGUEZ.»

El conde.—¡Garay! Otro menos. Veamos la carta siguiente:

«Mi querido conde: ¡Qué Garay! ¡qué ajo! ¡qué control! ¡Cómo ¡melones! he de ir á comer á su casa, ¡pateta! si tengo yo también invitados en la mía? ¡puñales! ¡Y no es que yo no quiera la unión del partido! ¡Me hago tal cosa! Sino que no voy á decir á mis invitados: ¡me hago tal otra! en vosotros. Acuérdense ustedes de mí cuando salten los corchos. Suyo, ¡remoño!

EL MARQUÉS DE LA VEGA DE ¡ARMÍJO!»

El conde (desolado).—No quiero leer más cartas, no quiero leer más cartas. ¡Voy á tener que sentarme solo á la mesa de la unión de los liberales. Estos disgustos me salen encima por querer ser ir á la Patria. ¡Yo que era tan feliz con mi monocle!

El mayordomo.—No se desespere el señor conde. Han llegado varios invitados. Están en el salón.

El conde.—¡Invitados! ¿Quiénes?

El mayordomo.—El Sr. Moret y todos los ministros, menos el señor conde de Romanones, á causa de su reciente luto sin duda.

El conde.—Siete ministros entonces, y el presidente ocho. ¿Quién más?

El mayordomo.—El gobernador civil y el alcalde.

El conde.—Ocho y dos, diez; ¿quién más?

El mayordomo.—Un hijo y un yerno del Sr. Moret.

El conde.—Sí, este Gobierno es continuación del anterior. Diez y dos, doce. ¿Quién más?

El mayordomo.—Nadie más.

El conde (palideciendo).—Doce y yo, trece. Somos trece á la mesa del banquete de la unión de los liberales. ¡Trece! número fatídico. Imposible ser trece. Que quiten los restantes cubiertos, pero que no dejen trece, sino catorce. Hay que buscar á toda costa un comensal. ¿Quién podrá ser? ¡Ah! ya lo tengo, ¡Urzáiz! Que salgan todos mis criados á buscar al Sr. Urzáiz, que me traigan al Sr. Urzáiz.

Moret (entrando).—¿Qué le pasa á usted, conde? Vengo á coger una aceituna (la coge é hipoteca).

El conde.—Que somos trece á la mesa del banquete de la unión de los liberales y he mandado á buscar á todo escape á Urzáiz para que haga el número catorce.

Moret (tragándose el hueso).—¿Urzáiz? Se ha ido con Maura. Si no fuera por eso, vendría seguramente muy satisfecho al banquete de nuestra perfecta unión.

(*El conde le mira con ojos espantados. Da un grito, y sin que nadie pueda impedirselo se traga el monocle y cae sobre la mesa. Telón rápido y dispersión general.*)

Gedeón, moreno

No tenemos la más pequeña prevención contra el Sr. Guimerá, sobre todo desde que no habla mal de Madrid («el estómago de España», como le llamó en un momento de flato). Pero por grande que sea nuestra benevolencia, ¿cómo aplaudir ni disculpar siquiera su nueva obra *La Miralta*, estrenada en el teatro Español?

Digámoslo sin rodeos y de un modo concluyente, definitivo: *La Miralta* es una obra muy desagradable. No faltará quien piense, juzgando por su título, que en ella se trata de alguna estrella cómica, lírica ó coreográfica, de alguna reina más ó menos destronada, de una mujer famosa, en fin. No; *La Miralta* no es actriz, ni tiple ligera, ni bailarina, ni escritora, ni amante célebre, ni siquiera mujer... *La Miralta* es una fábrica de paños edificada en un pueblo catalán, en el sitio que ocupaba un viejo molino, á cuya desaparición asistimos en el primer acto.

Siempre hemos tenido nosotros muy escasa simpatía por los paños catalanes, aunque con ellos nos vemos obligados á cubrir nuestras carnes; pero desde que el Sr. Guimerá nos ha enseñado uno de los dramas que pueden desarrollarse en cualquier fábrica, nuestro poco afecto por los susodichos paños se ha convertido en odio, en rabia y en deseos de venganza. Si estos sentimientos que de pronto se han apoderado de nuestro ser, molestan ó perjudican á los fabricantes, á las fábricas ó á los paños mismos, culpen ellos al terrible dramaturgo, que es el verdadero responsable.

Seríamos injustos si no declarásemos con franqueza que, á pesar de todos los abominables defectos que *pululan* por el drama, hay una cosa en él que nos encanta, que nos seduce, y que acaso nos obligue á dar otro rumbo á nuestra vida. Esta cosa se refiere al sacrosanto Derecho Mercantil que nos enseñaron—muy mal por cierto—en la Universidad, hace algunos años; y es el procedimiento para hacer una sociedad comanditaria. En efecto: para explotar la *Miralta*, Carlos y Débora ponen los terrenos, el salto de agua, etc., etc.; y los socios Enrique y Mery ponen... su firma, puesto que el dinero que les corresponde no llega nunca, y para pagar las obras y los jornales es preciso hipotecar las tierras de la otra señora.

Nosotros también entraríamos en cualquier Sociedad, en la misma forma que Enrique, salvo, naturalmente, las consecuencias ornamentales; porque Mery y Carlos se entienden, aunque el público los entiende poco. Y de esta *entente cordiale* surge el drama, que termina con un ligero crimen á cargo de la señora ofendida.

No es posible sentir compasión porque desaparezca de la escena y de la vida la Sra. Mery... Es tan antipática y tan fresca esta *socia* que, la verdad, á cada momento desearíamos perderla de vista. Engaña á las gentes, engaña á su amiga, engaña á su marido y hasta engaña á su amante, prometiéndole la resolución de un pleito que ya lo dió como fallado días antes, y hablándole de un dinero de América que no llega nunca. Mery nos pareció una especie de Teresa Humbert, y así tuvimos el honor de decirlo el día del estreno, con frase lapidaria que

LA CUESTION DEL PAN CON Y SIN TRIBUTOS



LOS QUE LO SIEMBRAN.



LOS QUE LO ACAPARAN.



LOS QUE LO FABRICAN.



Y LOS QUE NO LO COMEN;
QUE SON LOS MISMOS QUE LO SIEMBRAN.

Silero

se ha popularizado gracias á la bondad de nuestro amigo *Alejandro Miquis*.

¡Vamos, Sr. Guimerá...! ¿Qué se propone usted con escribir estas cosas tan deleznable...? Nosotros, que somos poco partidarios de los dramas, sobre todo si son tan minúsculos como *La Miralta*, le aconsejamos que se dedique al género cómico, para el cual tiene innegables condiciones. Este mismo drama lo prueba. Todo él hace reír, francamente. Y en el primer acto hay tanta *vis* de esa que celebramos en las piecitas ligeras, que más que de un autor trágico parece de un currinche.

Es cuanto teníamos que manifestar.



... y armas al hombro

Aunque los debates parlamentarios transcurren con relativa tranquilidad vistos desde la tribuna pública, la situación política es verdaderamente grave.

Así lo aseguran los fabricantes de la opinión en los pasillos de las Cámaras, en el Salón de Conferencias y en las columnas de los periódicos

Quiere decirse que vivimos sobre un volcán.

Y siendo así, parece mentira que haya huído de su puesto el Sr. Montero Ríos, que es tan amigo de las altas temperaturas



Porque D. Eugenio no se ha marchado; ha huído.

Ya lo sospechábamos nosotros al verle correr con tanta precipitación; pero después de las declaraciones de sus propios correligionarios, nuestras sospechas han adquirido absoluta certidumbre.

Todos, quién más, quién menos, embozadamente le increpan por esa fuga inopinada.

Y se preguntan asombrados: «Después de tanto desearlo, ¿cómo es que ha abandonado su puesto?»

Creemos que hay exageración en esta pregunta.

D. Eugenio sigue donde estaba; es una perfecta alegoría clásica del invierno.

¡Está en su puesto... de castañas!



Lo más gracioso es que ahora se desgañita por todas partes pidiendo la unión de los liberales.

¿Pero no habíamos quedado en que va estaba hecha?

Por lo visto, el famoso conglomerado ó conglomero liberal, sólo existió como argumento para escalar el banco azul.

Y, la verdad, esto es demasiado fuerte.

¡Nos han dado el cartucho de los perdigones!

Ahora se comprende por qué tenían esos señores tanto miedo á los guardias.



El Sr. Navarrotreverter, aún orgulloso de haber unido sus dos apellidos, trata de desunir á los liberales.

¿Qué censuras dirigió á sus correligionarios por el *modus vivendi* con Suiza!

España ha sustituido la cláusula de «reciprocidad» por la de «nación más favorecida», y sale perdiendo. lo cual indigna al antiguo ministro de Hacienda.

Nosotros no estamos muy enterados de este asunto, pero creemos al censor, cuya competencia en tales cuestiones es indudable.

¡Vaya! ¡El Sr. Navarrotreverter...! ¡Un genio financiero! ¡Un águila del *modus vivendi*!



Por una cosa parecida se ha armado un jaleío en Italia que no sabemos cómo terminará.

Se trata del *modus vivendi* con España, ó, mejor dicho, del *modus bebendi*, porque es cuestión de vinos.

El Chianti, el Marsala, el Asti y demás correligionarios, se han indignado con nuestros compatriotas el Valdepeñas, el Rioja, el Jerez, etc., etc., por la igualdad de derechos.

¡Y todavía hay que temer que los achiquen!

Todo se puede esperar de la *energía* de nuestros políticos.

¡Ay! Si el Chianti mata al Valdepeñas, no quedará más recurso á *nuestros caldos* en Italia que hacer un chiste fúnebre:

¡El *chianti* sobre el *difuntí*!



Ya han empezado las reformas en Marina, que esperábamos con ansia desde la llegada de Concas.

Son tan formidables, que hasta la comisión de Presupuestos tuvo necesidad de suspender sus deliberaciones hasta saber á qué atenerse.

Aquí están algunas de esas reformas, según los periódicos, de donde cortamos la noticia para mayor claridad:

«En el primer capítulo va la creación de la subsecretaría del Ministerio, y con motivo de esta innovación consigna tres gratificaciones: una de cinco mil pesetas y dos de mil; en el segundo incluye un aumento de doce mil pesetas con destino á casa para la Dirección de la Marina mercante, hoy establecida en el piso segundo del edificio que hoy ocupa la Dirección de Hidrografía, y en el capítulo tercero eleva á vicealmirante la categoría de uno de los tres capitanes generales de departamentos marítimos.

Para estas y otras reformas beneficiosas al personal, rebaja el ministro la consignación para carenas y carbón de la escuadra.»

¿Eh, qué tal?

Sin duda el Sr. Concas cree, acertadamente, que es preferible carenar el personal y no los barcos... ¡Y se acabó el carbón!



Al fin es cosa decidida el homenaje á Benavente. Se celebrará una función en el teatro Español, y será de pago para evitar los consabidos disgustos que proporciona siempre el reparto de localidades.

El ilustre autor ha pedido á la comisión organizadora que entregue el producto al gobernador con destino á los *golfos* de Madrid.

De donde resultará que, á pesar de todo, *Los mal-echores del bien* van á beneficiar á los pobres.

No estaría mal representar en la función de homenaje una piecita oportunísima:

Herir por los mismos filos

TERCER GOLPE A LA CUESTION CREMATÍSTICA ó "GEDEON,, EN 1906

Comprendemos que somos pesados: pero ésta es una virtud que ha producido siempre grandes beneficios en nuestro país.

Y como nosotros buscamos precisamente un beneficio, cual es procurar que GEDEÓN siga siendo el periódico de menos circulación de España, claro es que necesitamos apurar todos los medios para conseguirlo.

A nadie le extrañará, por lo tanto, que insistamos en nuestro programa administrativo para el año próximo, si bien variando las palabras envolventes de los números. Después de todo, ¿no es ésto lo que va á hacer el Gobierno para resolver su situación económica? ¿No es el Presupuesto de Amós el mismo de Echegaray, que ya era el mismo de Latisbury, un poco variado?

Esto es lo que nosotros hacemos ahora: publicar en el número 525 de nuestro insignificante semanario las mismas divagaciones crematísticas que publicamos en el número 524, que ya eran las del número 523, y que dicen así, salvo algunas líneas que suprimimos:

«¡Atención!

CAÍN MATÓ Á SU HERMANO ABEL, PERO GEDEON OFRECE A TODO CIUDADANO QUE SE SUSCRIBA POR EL AÑO PRÓXIMO A SU INSIGNIFICANTE SEMANARIO, LOS SIGUIENTES REGALOS:

1.º EL ALMANAQUE DE «GEDEÓN» PARA 1906.

2.º UNAS TAPAS PARA ENCUADERNAR LOS NÚMEROS DEL SUSODICHO AÑO.

Y ahora expliquémonos, para que se comprenda la importancia del obsequio:

El Almanaque de GEDEÓN para 1906—que se está cocinando en nuestro horno actualmente—será, según costumbre, una cosa excepcional. Su precio: **UNA PESETA.**

Las tapas para la encuadernación serán de tipo modernista, ¡con relieves y dibujos! Los amigos dibujantes cumplirán su misión y las tapas resultarán muy originales, muy bien hechas y dignas en todo de su destino. Su precio para el público será, por lo menos, el de **DOS PESETAS.**

Ahora bien.

¿Qué cuesta la suscripción anual de GEDEÓN? **CUATRO PESETAS.**

¿Qué valen nuestros regalos? **TRES PESETAS.**

Luego el verdadero precio de la suscripción á GEDEÓN por un año, es ¡¡¡**UNA PESETA!!!**

Escritas estas declaraciones íntimas, Gedeón se siente orgulloso de sí mismo. Nadie osará negar importancia á su obra económica.

¡Una peseta al año! Es decir, menos de nueve céntimos al mes, ó mienten las matemáticas... GEDEÓN sospecha que le falta un tornillo.

Pero todo lo hace para premiar la constancia de sus escasos favorecedores y abrir el apetito á los rezagados.

Y á todos advierte que **SOLO HASTA EL DIA 31 DEL MES CORRIENTE DE DICIEMBRE ADMITIRA LAS SUSCRIPCIONES**

ANUALES PARA EL AÑO DE 1906 CON LAS VENTAJAS QUE QUEDAN INDICADAS.

Pone este plazo para fijar la tirada del Almanaque, aunque ya sabe que va á necesitar hacerla tan copiosa como la yernocracia que nos disfruta.»

¿Está bien claro?

¡UNA PESETA AL AÑO!

ó lo que es igual, **MENOS DE NUEVE CÉNTIMOS AL MES** les costará la suscripción de GEDEÓN á cuantos se suscriban durante el año de 1906.

Lean los incrédulos el artículo **INSISTAMOS EN LA CUESTION CREMATÍSTICA**, y remitan sin pérdida de tiempo á nuestras oficinas una carta ó postal redactada en la siguiente forma:

D. (Aquí el nombre y apellidos.)

que vive (Aquí la calle.)

Núm. (Aquí el número.)

Cuarto (Aquí el piso.)

Población (Aquí el pueblo en que reside.)

Provincia (Aquí la provincia á que pertenece.)

abonará por la suscripción de GEDEÓN, durante el año 1906, la suma de cuatro pesetas, á cambio de cincuenta y dos números del periódico, su almanaque para 1906, y las tapas para la encuadernación del tomo del citado año.

NOTA. Los suscriptores de provincias enviarán la citada suma en carta certificada, y á los de Madrid se les pasará el recibo á domicilio.



GRATIS

A B C, diario ilustrado, servirá durante el año de 1906 diez mil suscripciones reembolsables, esto es, absolutamente gratis, á las diez mil personas que primeramente las soliciten.

Es condición indispensable que el solicitante ejerza alguna profesión, industria ó comercio por la que pague contribución al Estado.

Remítase á la mano ó por correo—desde provincias franqueado el sobre con un cuarto de céntimo—el siguiente Boletín, con esta dirección:

SECCIÓN DE SUSCRIPCIONES

DIARIO A B C

MADRID

D.

que vive

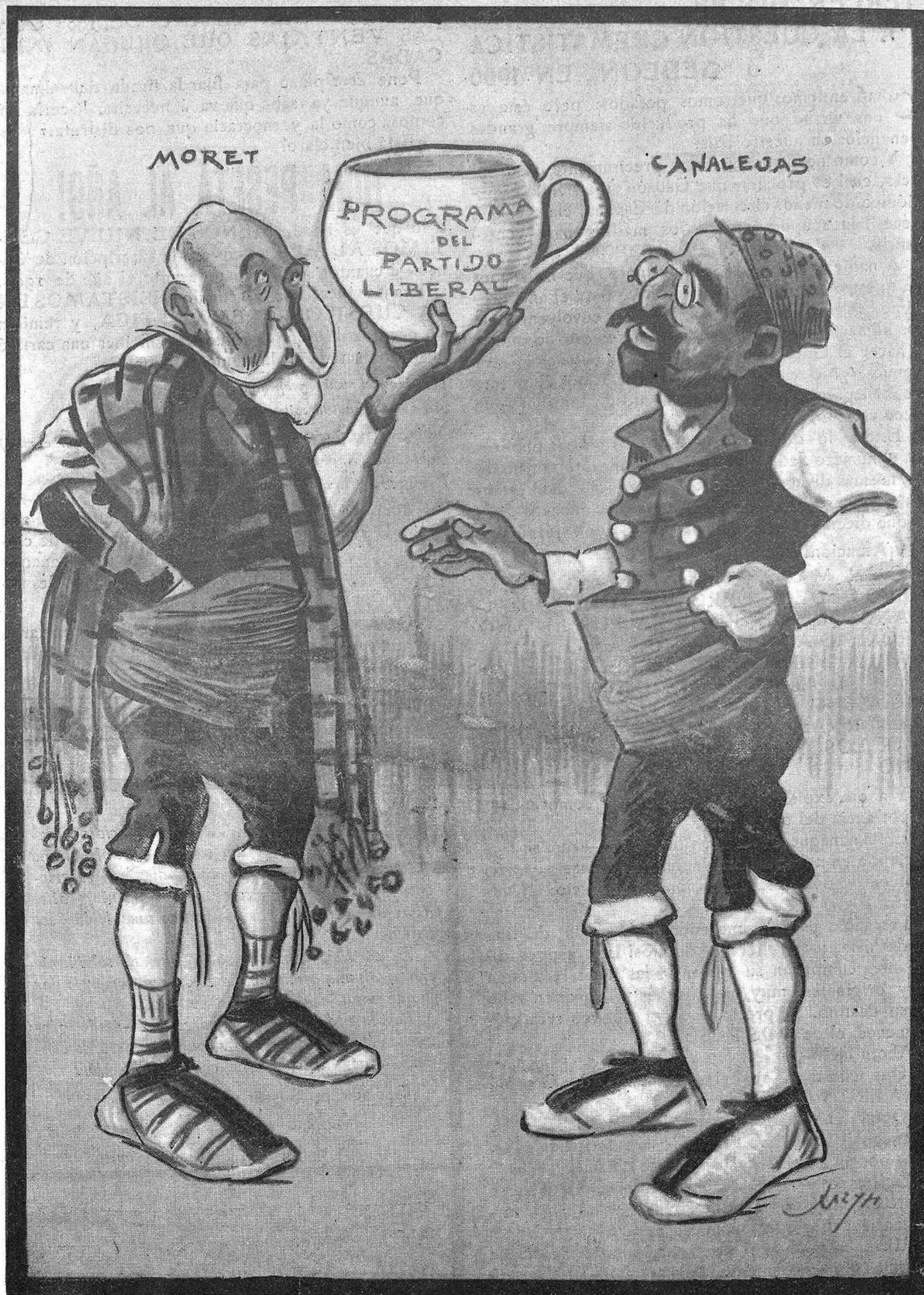
núm. piso

Población

Provincia

Paga contribucion al Estado por el concepto de

.....



CUENTO BATURRO

D. SEBIS.—POR FIN, ¿LE GUSTA A USTED LA TAZA?

D. PEPE.—SI; PERO ME GUSTARIA MAS CON EL ASA A LA IZQ UERDA.